

DIEGO BARROS ARANA

Investigaciones históricas en España y la situación del país en 1859*

Carta a Marcial González

Madrid, noviembre 9 de 1859.

Mi querido amigo:

Jamás podrá Ud. imaginarse con cuanto placer recibí su carta del 15 de septiembre, la primera que me dirige a Europa; y la señalo el ser la primera, porque bien pudo haberme escrito por el correo anterior, como lo hizo R.¹ Cuando Ud. haya visto que no dejó salir un vapor sin remitirle una carta, se habrá arrepentido de esa falta, y habrá formado el propósito de repararla, escribiéndome siempre.

Me tiene Ud. en esta villa y corte de Madrid, desde hace quince días, reponiéndome ahora en el trabajo y en el estudio del aburrimiento que me embargó en los primeros días. Después de salir de París y de separarme de mis amigos, la vida pacífica de esta ciudad y el aislamiento en que me hallaba, me produjeron un gran fastidio. Agregue Ud. a esto que yo venía vehementemente por hacer algo útil en materia de investigaciones históricas, y veía pasar los días oyendo en archivos y bibliotecas el famoso *Vuelva Ud. mañana*, que ni las luces del siglo del vapor, ni el espíritu liberal que hoy empieza a dominar en la península, han podido desterrar de la madre patria.

Felizmente, esas dificultades se vencieron. El erudito anticuario y literato, don

Pascual de Gayangos, me tomó del brazo, y con una o dos representaciones que él me ha apoyado, me ha hecho abrir las puertas de la riquísima colección de manuscritos de la Biblioteca Nacional, y la no menos rica biblioteca de la Academia de la Historia. Desde hace cinco días trabajo sobre los documentos desde las diez de la mañana hasta las cuatro de la tarde, tomando notas, copiando fragmentos, coordinando piezas sueltas y truncan, y reuniendo por todos medios el esparcido y precioso tesoro histórico, sin el cual no se puede tener más que una idea inexacta de lo que fué la conquista y colonización de Chile.

Ahora, en vista de los documentos, he podido ratificar algunas ideas vagas que la lectura de los libros y documentos que había encontrado en Chile me habían hecho concebir, y he visto desarrollarse un horizonte enteramente nuevo para el estudio de la historia americana. Los documentos me han revelado que había en Chile mucha gente que especulaba con la prolongación de la guerra araucana, lo cual ayuda a explicar la historia de dos siglos de combates. En otras piezas he conocido cuán grande era la ceguera de los consejeros de los reyes españoles en materias económicas, y cuán enormes males producía el exclusivismo que dominaba en su

y corregida por la censura de la situación, ya que no adicionada y aumentada con cosas de aquesta tierra, como yo de buena gana habría deseado hacerlo. Válgame, pues, el deseo, que por lo demás Ud. conoce el estado de nuestra prensa y sabe que, sin la venia del señor Montt, no podemos decir una ni media palabra que contrarie sus móviles y propósitos... Fué publicada en "El Mercurio", de Valparaíso, de 15 de enero de 1860. Por primera vez se la reproduce.—G. F. C.

* En carta de Marcial González a Barros Arana, fechada en Santiago el 15 de enero de 1860, le decía: "Recibí por el vapor de esta quincena su interesante carta sobre España; la leí en casa con nuestros amigos Lastarria, Courcelle, Irisarri, los Amunátegui y los Arteaga y Joaquín Blest Gana, que vinieron al día siguiente de su arribo, y como a todos les gustase tanto como a mí, ayer tuve la ocurrencia de suprimirle los reventones de política chilena y, suponiendo el beneplácito de Ud., la mandé a Tornero para que la publique en "El Mercurio". Si lo hace, como es probable, por este mismo vapor le devolveré a Ud. su cartita impresa,

¹ Doña Rosalía Izquierdo Urmeneta, esposa de Barros Arana, con quien había contraído matrimonio el 31 de enero de 1854. Era hija de Vicente Izquierdo y doña Mariana Urmeneta.—G. F. C.

política en asuntos de industria y comercio. Un señor, don Francisco Martínez de Mota, en una memoria dirigida a Carlos II sobre el atraso de España y su remedio, le decía: "Si (un nacional) consume mercaderías extranjeras, sirve como vasallo a los reyes extraños, porque de su consumo perciben los tributos. Además, le sustenta como vasallo, y como enemigo, destruye a su rey natural, quitando a sus vasallos lo que da a los extraños. Todos aquellos que se sirven o se han servido de mercaderías extranjeras de más de cien años a esta parte, han defraudado a la real hacienda casi el valor y precio en que las vendieron los extranjeros. Porque si en España se hubiesen fabricado, en los tributos del consumo de frutos se hubieran tocado, y entre los vasallos se hallaba el provecho que han dado a los extraños. Y por derecho natural y divino lo deben retribuir, como lo dice nuestro Redentor: lo que es del César se debe al César". La América, que no encontraba en la España las mercaderías que buscaba y necesitaba, tenía, sin embargo, que sufrir los efectos de este exclusivismo. No era, pues, extraño que en Chile se vendiera una hacienda por una pieza de paño, como sucedió varias veces. Sin ser un Bastiat, se puede descubrir de una sola mirada las funestas consecuencias de tanto absurdo.

Sería necesario que me extendiera mucho para que le explicara algunas de las novedades que he descubierto sobre la historia de Chile. Algún día, cuando después de mi peregrinación haya vuelto a casa y me haya encerrado en mi biblioteca, trataré de reunir mis ideas para vaciarlas en la historia, general y completa, cuya confección es lo único a que ambiciono. Por ahora le daré cuenta de algunos documentos encontrados hasta aquí, y lo que me propongo buscar más adelante.

Antes de llegar a Madrid, pasé por Simancas, en donde estaban en otro tiempo reunidos todos los archivos españoles. A fines del siglo pasado se sacó de allí todo lo relativo a Indias y se transportó a Sevilla, a la Casa de Contratación. En Simancas no quedaron más que documentos relativos a España, y entre éstos las capitulaciones originales de Granada con algunas líneas en árabe, el libro de cuentas del Gran Capitán, y otras preciosidades que tuve el placer de ver por mis propios ojos; pero se deslizaron algunos legajos, entre los cuales he encontrado una relación original de don García Hurtado de Mendo-

za sobre su campaña de Arauco, que no ha conocido ningún historiador, y dos legajos de relaciones de mérito de los conquistadores o colonizadores de Chile, que son fuentes autorizadas de datos biográficos. Creo inútil decirle que yo no salí con mi cartera vacía de allí: copié e hice copiar todo lo que ofrecía interés.

En Madrid he encontrado dos poemas inéditos sobre la conquista de Chile; uno de ellos titulado *Purén Indómito*, de Alvarez de Toledo, citado por León Pinelo en su Bibliografía, que se registra en el tomo 2º de Molina, y el otro enteramente desconocido. He visto y leído el códice original, sin título ni nombre de autor, lleno de enmendaturas y correcciones, pero que posee trozos de muy buena poesía. Este tiene mucho más mérito histórico que la anterior, y comienza su acción con la muerte del Gobernador don Martín Oñez de Loyola, esto es, a fines del siglo XVI. Aquí he conseguido un ejemplar de la novísima *Araucana*, poema impreso, de Santisteban Osorio, y como no saldré de Madrid sin llevar copia de los otros dos, habré conseguido reunir en Chile los cinco poemas (con los de Ercilla y Oña) a que ha dado lugar la conquista de Chile.

He hallado igualmente una descripción histórica y geográfica de Chile y del Perú, hecha en 1605, por el Obispo Ovando, de la Imperial. Esta interesante pieza descubre lo que eran nuestras ciudades, su población, su industria y sus hábitos en aquella época.

Tengo reunidos un gran número de documentos relativos a los piratas de América, ya ingleses, ya holandeses. Era éste uno de los vacíos más oscuros de nuestra historia.

Insensiblemente me voy alargando más de lo que permite una carta para darle noticia individual de mis adquisiciones; pero éstas son más que las que cabrían en un informe epistolar. Me bastará decirle que mi permanencia en Madrid se prolongará algo más, y que cuando salga de aquí será para ir a Sevilla a compulsar el archivo de Indias para completar mis investigaciones. Si Ud. agrega a esto que el buen M. Gay me ha dado entrada libre a sus documentos sobre Chile, y que el excelente señor Balcarce ha consentido en abrir por primera vez los archivos de su suegro el general San Martín, para que yo los vea y los estudie, comprenderá que no pierdo mi tiempo en el Viejo Mundo. Ya en Buenos Aires había hecho en el Archivo

algunos estudios bastante curiosos sobre la guerra de la Independencia. Creo que he hecho todo lo posible por emplear bien el tiempo que el gobierno de mi patria me hace peregrinar por haber tenido la franqueza de censurar sus actos.

Voy a darle a Ud. noticias de España. En este momento nadie piensa en otra cosa que la guerra de Marruecos. Todos los días se ven nuevas y más espléndidas muestras del entusiasmo nacional. Un Deán de la Catedral de Pamplona, de edad de 70 años, antiguo guerrillero de la guerra de la Independencia de 1808, ha renunciado sus sueldos y ofrenda a la reina su brazo para empuñar una lanza. Lo que es muy difícil averiguar el origen y causa de este entusiasmo. Roca de Togores decía en días pasados en el Congreso, que era necesario pagar a los moros la visita que ellos hicieron a la España en 711 y su dominación de ochocientos años, que la fe estaba interesada en ello, y que la religión era y debía ser el sello distintivo del carácter español. Muchos aceptan y proclaman la guerra, porque no pueden tolerar que la Europa no hable de España, y creen que una campaña exterior dará a la patria respeto y nombradía. Los políticos piensan que esa guerra será un remedio para calmar las exigencias de los partidos, y para distraerlos con un espectáculo que ha de herir el entusiasmo común.

Sea de ello lo que se quiera, lo cierto es que el Gobierno español ha reunido y aglomerado elementos de guerra de que no se le creía poseedor. Su ejército de Africa contará más de 50.000 hombres, pero la calidad de éstos vale más que el número. Son todos jóvenes muy robustos, vigorosos, bien plantados, sumamente diestros en el manejo de las armas, y en las evoluciones y vestidos; no sólo se conducen con orden, sino hasta con elegancia y lujo. He visto la partida de algunos batallones, y le aseguro que me han parecido tan buenos como los cuerpos del ejército francés que entraron vencedores en Italia.

Por lo demás, el actual gobierno parece sentado sobre bases sólidas. Es compuesto de una fusión de los partidos antiguos, denominada *Unión liberal*, y tiene a su cabeza algunos hombres que hacen en España un gran papel. Los colores menos fuertes de los partidos moderados y liberal, han formado este centro, dejando disgustados a los moderados absolutistas, que están, a su vez, subdivididos en fracciones capita-

neadas, una por Narváez, otra por Nocedal, y otra por Sartorius, y el partido liberal demócrata, subdividido en liberal neto y republicano. Esto le hará creer a Ud. que en España no hay más partidos, porque no hay más población; pero dejando a un lado las pasiones y ambiciones personales, se pueden señalar tres colores políticos: el absolutista, bastante numeroso, pero fraccionado en infinitos bandos, hoy en desgracia; el moderado, término medio entre ambos partidos, que hoy está en el poder; y el demócrata, partido naciente, pero rico de esperanzas, y que comienza a engrosarse con la juventud ilustrada, a cuyas manos está confiada la tarea de completar la regeneración de España.

Y le digo para completar, porque la obra está comenzada, y comenzada felizmente. En este pueblo, en donde la fuerza de los hábitos tiene un poder extraordinario, ha sido preciso largos años de trabajo para extirpar las prácticas corrompidas y remediar los desaciertos y torpezas que a porfía se empeñaron en llevar a cabo los reyes de los tres últimos siglos. Apenas si alguno tuvo la intención de hacer el bien, se encontró sin fuerza y sin inteligencia para remover los obstáculos. ¿Qué importaba que Carlos III se empeñase en hacer que la España fuera tanto o más industrial que la Inglaterra, y que generosamente botara millones, y que torpemente cerrara la entrada a las manufacturas extranjeras, si el sistema completo de su política impedía el desarrollo de los hábitos industriales, y mataba el comercio? Es incomprensible cómo hay absolutistas en España, en este país que más que todos los demás puede servir de ejemplo para condenar el sistema absolutista, y en que unos pocos años de vida constitucional constantemente interrumpida por intentonas de reacción, han podido operar tan grandes cambios.

El gobierno actual goza aquí de la reputación de ser el mejor que haya tenido España en muchos años. El Ministerio no quiere provocar reacciones, echándose demasiado de prisa en el camino de las libertades, para lo que no está preparada aún la Monarquía de Fernando VII; pero se guarda bien de asumir la acción restrictiva que tenían los gobiernos absolutistas de Narváez y comparsa. Mientras tanto, el país se educa y marcha, ya no tan lentamente, por la vía del progreso. Es curioso ver cómo el solo espíritu del siglo regenera

este país, sin contar con la ayuda de un solo hombre que se haya colocado a la altura de la situación. Esta es una prueba más de que los pueblos progresan sin que se aperciban los hombres que los gobiernan. Los que creen que de las fusiones no puede salir nada bueno, y que sin la mano del gobierno no hay verdadero progreso, se quedarían estupefactos al ver el progreso y el estado actual de la España.

Un viaje por la madre patria tiene más molestias de las que Ud. puede imaginarse; pero suministra también grandes goces. El español en su tierra no es el español que nosotros conocemos en el extranjero. Aquí es vivo, alegre, gracioso, generoso, y en vez de aquella actividad que nosotros le conocemos allá, tiene aquí el reposo llevado hasta el grado de pereza. Si Ud. viera los hombres de todas condiciones embozados en sus capas de esclavinas y vueltas coloradas, marchando siempre lentamente, conversando mucho y trabajando poco, Ud. creería que estaba en un país de capitalistas entregados al *dolce far niente*.

Por mi parte, yo estoy muy contento de haber hecho este viaje. He tenido particular cuidado de llevar un diario de todo lo que veía y observaba, y tal vez escriba más tarde mis viajes por la Península. Aquí he conocido alguna gente notable, sobre la cual podría escribir uno o dos capítulos

interesantes. El señor Gayangos, sumamente bondadoso conmigo, me ha presentado al sabio literato don Agustín Durán; al muy amable señor Hartzembuch, y a los señores Muñoz, Rosell y otros literatos anticuarios. En general, son estos hombres llanos y amistosos, que tratan de ser útiles a las personas que les son presentadas. La mayor parte de estos literatos me ha hablado de don Andrés Bello, deplorando no conocer todas sus obras. No parece sino que nosotros viviésemos en la Siberia, tal es el poco cuidado que tenemos de hacer llegar hasta aquí nuestras producciones.

La noticia que Ud. me da de la organización de un círculo literario en Santiago, me ha llenado de gusto. Creo, sin embargo, que ahora no está aquella ciudad muy rica de literatos, porque la política tiene alejada a una docena de escritores chilenos. Tal vez yo hablo como el andaluz que al salir de esta ciudad le decía: —“Adiós, Madrid, que te quedas solo”; pero creo que Ud. notará la falta de Matta, Blest, Benjamín Vicuña, etc. ¡Ojalá que esta Sociedad subsista siempre y tome incremento! Si cuando Ud. reciba ésta no se ha disuelto, le estimaré que le presente mis respetos, y solicite para mí un diploma de socio corresponsal.

Todo de Ud., etc.

DIEGO BARROS ARANA